CADA COSA EN SU SITIO

Sevilla, 31 diciembre 1961.

Sr. D. Vicente Marrero.

MADRID

Querido Vicente:

Gracias, como carlista, por la generosa reacción de tu ánimo cara a las críticas que te elevé al libro *"La guerra española y el trust de los cerebros"*. Al brindarme las páginas de *Europa* para que desde ellas mismas me fuera dable defender al Carlismo del daño inmenso que, pese a tu buena voluntad, nos hacen, Gracias, porque los carlistas no estamos acostumbrados a generosidades semejantes, sino al carrillismo del silencio propio del fanatismo de los que suelen proclamarse liberales y del que es biasón ese símbolo de la fofez espiritual de las Españas canovistas que se llama el *A.B.C.*

Gracias, además, porque te escribo con simpatías, y es la primera, querido Vicente, la de decirte que ya pasó la hora en la que era fácil adormecer a los carlistas echándole piraxonas al Carlismo, con la técnica taurina de emborrachar de rojos bellos al toro tradicionalista para mejor matarle en la sierra final en donde muere. Hemos aprendido lo bastante para aquilatar los extremos y sabemos ya que, tras de los elogios que nos prodigan y por lo tanto le agradecemos por lo que de justicieros son, ocultarse el escamoteo más fenomenal que he visto en mis días. Idos al Carlismo para matar al Carlismo. Procedimiento viejo que ya tuvieron Maeztu y Pidal, que fue el peligro inherente al craso error de haber participado en "Acción Española" y que los carlistas de 1961, ya ilustrados hasta por los nuevos tiempos precedentes, no estamos dispuestos a aceptar en modo alguno.

Hay en tu libro muchas cosas buenas y seria admirable si no apadrinara el más nefasto de los conformismos, movediendo nuevos nuevos ataques a cabeto entre la cultura y la política. Era ya hora de que la pluma valiente y el libre desenvuelvo en el juego de tradiciones al 18 de julio de ese puñado de autodiamados intelectuales enguisados en el favor oficial, también logrado con españoles, como canteros de Hitler y luego de la USA, siempre al giro de las modas extranjeras, pero siempre adelantando entrañable de nuestra Tradición española. Lo que dices, y tan estupendamente dicho, sobre muchos que no quiero nombrar para no enrojecer mi pluma tanto como mi bonna, aupados por la ingenua magia boualicona de mi inefable amigo Joaquín Romero Giménez, son verdades de a puño; y el hecho de que ahora miilen en la acera contraria, después de *Escorial*, por ejemplo, que han hecho la parábola íntegra mientras yo sigo donde estuve y estaré siempre, debería solicitar todos los aplausos de la intuición carlista; quien modestamente te escribe la *Gaceta de revistas*, y prescindo por las razones por ti aducidas, nada menos que en 1941, provocando las iras punitivas del Conde de Rodezno en Pamplona entonces y hoy teórico del liberalismo rojoide Excmo. Sr. camarada don Pedro Laín Entralgo. Tu libro cumple a maravillas aquel de "Quien quiere oír, oiga" en en nuestra casa, implándolo de tetrarías", tal como le pusiaiaes en la página 416. Pero piensa ha de implicar la casa entera y, por desgracia, siempre tetrarías en tu libro. En esta carta afectuosa aspiro a señalarte algunas, quizás que tu buena fe de estudioso serio, servida por tu talento claro, termine por implicarlas que a ti mismo.

Tu libro quiere edificar un Tradicionalismo prescindiendo del Carlismo, porque prescindir del Carlismo es reducir sus hombres a soldados heroicos, agarrados a una legitimidad que primero explicas para condenarla en las páginas 212-218 como se arroja al basurero de la historia un trasto viejo e inservible; pero desconociendo su pensamiento político, y por ende, ignorando sus hombres representativos, dando de lado a nuestros libros y a nuestros círculos culturales, lanzando cortinas de humo sobre la ideología carlista, negras de olvido aunque olorosas de incienso.

Todo ello para "Prescindir del Carlismo" de las Españas cierta línea de la cual está ausente el Carlismo: la que denominas "línea aurea" de la que te proclamas continuador y que en las páginas 142, 143, 149, 277, 473 y 645 presentas integrada por la teoría de los Jovellanos-Balmes-Aparisi-Donoso Cortés-Pelayo-Maeztu-Minguijón-Acción Española, generación de 1936, de la que te sientes miembro. Yo niego, redondamente y voy a demostrártelo, que esa línea tenga nada que ver con la verdadera Tradición de las Españas, la cual está en otra línea, que es los clásicos escalonados de los siglos XIII al XVII, que no citas ni una sola vez; por los enemigos del absolutismo europeo introducido por Felipe V desde el Marqués de Villena hasta Francisco Javier Iturrull; por los polemistas foralistas como Francisco Xavier de Salcedo; y por los carlistas desde don Juan Vázquez de Mella hasta don Marcelino Oreja Elósegui, seguidos por quienes hoy, con todas nuestras limitaciones hijas de nuestros defectos, desde don Claro Abanades hasta Agustín de Aleis, desde Jaime de Carlos hasta don Luis Ortiz Estrada, desde Mariano del Mazo hasta Melchor Ferrer, desde José María Valiente del Río hasta Miguel Fagoaga, desde Francisco Canals hasta quien ahora te escribe, pasando solamente por unos pocos, hermanados con los hermanos de otros pueblos nuestros cuales Pedro Galvão de Sousa o Silvio Vitale, continuamos con los pies bien clavados en la roca viva de la Tradición hispánica. Con alguna mención para Aparisi y una cita de ella despachas la verdadera Tradición nuestra, para presentar como tradicionalistas más auténticos a Jovellanos, Maeztu, que nada tuvieron de tradicionalistas políticos. Es lícito osar —y esto ya es intolerable— presentarme a mí, carlista, como soldado de la cruzada, a capitanía de Rafael Calvo Serer (página 504), en esta empresa de confusionismo que acometes en este libro, bajo otros conceptos tan espléndidos.

Quiero proceder con orden y aparo las cuestiones.

1.—Confundes en tu libro tres cosas: la cultura, la política y la cultura o política cultural. Así, porque don Marcelino defendió la cultura española, lo quieres presentar como teórico de nuestra Tradición política, siendo así que la política española, e incluso el pensamiento político tradicional español, eran materias de las que don Marcelino anduvo ayuno por completo. Al par que reconoces los valores españoladamos del Carlismo, para luego acusarle de individual un Programa que defines irrealizable en la página 631. En esta contradicción ¿cómo te atrevés a recortar a don Manuel Fal Conde a la categoría de conspirador impenitente, capaz de organizar aparnas tercios para la guerra, pero no de preocuparse por la preparación de minorías intelectuales, cual haces en la página 248? Los que venimos luchando desde hace más de veinte años para una acción cultural carlista sabemos que tan falsas es tu condena del carlismo intelectual como esta menosprecio a un Fal Conde que desde hace mucho tiempo comprendió la urgencia de un movimiento cultural carlista. Que no lograra verlo cuajado a la medida de sus anhelos, no fue culpa suya. En cambio sí es falta; tuya darnos de lado, ignorando nuestros libros o los actos culturales que en los círculos *"Vázquez de Mella"* organiza ese admirable carlista que es José María Domingo Arnau, para luego redondamente concluir por negarnos hasta la existencia.

2.—Y ello, para exaltar ese *"Erasto"* de Tradición que es tu supuesta *"línea aurea"*, donde no hay al uno solo pensador válido para el pensamiento político de las Españas verdaderas, salvo tan ¡ay! Guijarro tratado por bandera que ampara la fraudulenta herencia. Razonaré brevemente tu lista.

Jovellanos, esta es la cuestión. Sabéis leído en Menéndez Pelayo, que nada sabía de la historia del pensamiento político español, José María Pemán, tú y todos los de vuestra escuela, ofreceis a jóvenes como tradicionalista político únicamente porque frente a las Cortes de Cádiz propugnó un sistema de representación orgánica contra la copia infame del francés de la Constitución de 1812 sancionada por aquellos magnos traidorzuelos de 1812. Pero en realidad del Gaspar Melchor de Jovellanos no fue sino la encarnación del absolutismo europeo importado en el siglo XVIII con todas sus consecuencias. Con ser varón por sus instituciones nacidas del europeo ponderado y recto, sufrió la intoxicación ideológica del siglo de las luces, que es precisamente lo que caracteriza la europeización absolutista en contraste con el pensamiento tradicional español. La remedios que en las diversas ramas de la vida pública propuso están impregnados de semejante ordenancismo burocrático intervencionista, ante todo y sobre iniciativas individuales. Así en los espectáculos públicos, cuando aconseja fiscal impuesto la representación de ninguna pieza escénica sin censura previa en su *Memoria del arreglo de la política de los espectáculos y diversiones públicas*; así en su *origen de España y en su famoso Informe en el expediente de la ley agraria* enarbola su igualitarismo a la europea para alzar de frente a los privilegios consignados en los fueros vascos, que tú dices que dirá que era malo no es general, y que no afligió a las provincias de la corona de Aragón, que tienen su catastro, ni a la Navarra foral, que tiene su Amillaramiento y sus privilegios, ni, en fin, a los pueblos de la corona del Castilla, que estaba siendo víctima de una diferencia ¿no es un grave mal, igualmente repugnante a los ojos de la razón que a los de la Justicia? ¿No somos todos hijos de una misma patria indivisible y de una misma sociedad y miembros de un mismo estado? ¿No es la igualdad de obligación de contribuir a la renta pública, destinada a la protección y defensa de todos? ¿Y no es injusta y contraria esta igualdad no siendo ni unas ni iguales las bases de la contribución? Con su mentalidad igualitariamente europeizante, *Jovellanos* es el antípodas de nuestra Tradición que ignoraba la variedad radical de las Españas, y por ende la diversidad de la Tradición nuestra, y ese fue el máximo enemigo de los Fueros de Vizcaya, como demuestro en mi libro *"El reforzio de Vizcaya"*, y concretaba en la época carlista: Alejandro Pidal: de cenacio de la catedral de Calahorra, por el entonces el despacho de Gracia y Justicia José Antonio Cabanillas también de la época carlista: Alejandro Pidal: inspirada y trazada por este enemigo de las libertades forales que tú, querido Vicente, le coloca nada menos que en el arranque de la Tradición de las Españas. Pobre Tradición política la de las Españas si hubiera de esperar a tener un Jovellanos o este absolutista a la francesa!

Siguiendo con pensadores Conquistados por entero incluyas a Balmes en tu línea oportunista; pero niego sea un oportunismo que presumes. Si en vez de ignorarnos porque no te estimas, te hubieses informado de nosotros, verías que hace años quien hoy tiene el placer de escribirte, publicó en esta pluralidad de posibilidad en las interpretaciones de Balmes, bastante para que no sea posible sin un profundo sentimiento del Balmes al que te refieras, porque es cursuladas estemos hablando de ideologías diferentes al referirnos a un personaje de quien se ha dicho todo para tranerlo cada cual a su personal trinchera. "Y así —escribía yo en 1949 en mi *Ensayo político y la tradición política catalana*— el estudioso que a investigar llegue al pensamiento político balmesiano se encontrará con el autoprofeta fundamental de que cada autor le califique a través del color de su cristal; y así Balmes ha sido, ha habido quienes, en unos años de estudiosos que nos han hablado de un Balmes prudentemente dialéctico, defensor del trono de Isabel II: José Elías de Molins; de un Balmes inspirador de la constitución doctrinaria de 1876: José María Ruiz Manent; de un Balmes universitaniasta y precursor del "raillement" de clínicas al ministerio de Cánovas: Alejandro Pidal; de un Balmes precursor del pragmatismo que, de pretexto de anteponer la eficacia al efectismo y lo social a lo político, concluye en un monopolizador burocratismo de cualquier gobierno en el poder, sobrinnos del poder: José María Pemán; de un Balmes, ésse ultramodernístico: Alberto Martín Artajo; de un Balmes antecesor de la política de unificación entre falangistas y requetés, simbolizado por el decreto del 19 de abril de 1937: Ernesto La Orden Miranda; de un Balmes cuyo opinar se centra en el pensamiento de un siglo de distancia la labor legislativa del nacional-sindicalismo: Francisco Javier y Taberner; de un Balmes paladín que escribe henchido de un profundo sentido de lo tradicional: Jaime Carrera Pujal; de un Balmes conciliador entre el pensamiento político y los factores revolucionarios: Juan Bautista Solervicens; de un Balmes realista del momento, que pretende ayuntar lo bueno de la revolución con lo bueno del sistema antiguo: Pascual García Cabello... ¿A qué seguir? ¿No hemos visto, incluso, el peregrino caso de algún profesor español que en 1934 escribía un libro para considerarle soldado en la empresa de la reconquista intelectual de España, que quiso *ser* bajo signos de monopolizamiento actuante, el grupo de Acción Española, decirnos once años más tarde, en 1945, que su pensamiento político se reduce a intentar antecoder al de José Antonio Primo de Rivera en el año de desarrollo de la doctrina que ya que llama ahora la eterna metafísica de España? Me refiero al catedrático de la Universidad de Valencia José Corts Grau. Y desde entonces te podría amplíar una docena de interpretaciones de las que he alcanzado noticia luego. Yo creo era interpreta de los valores permanentes de la tradición política de su pueblo, de Cataluña, como ya razoné en 1949, o sea carlista, cual asoleran Pedro Sainz Rodríguez y Luis Ortiz Estrada; pero es posible que lo que yo opino sobre Balmes no coincida con lo que tú opinas; y mucho me temo que del habar de Balmes quieras darnos en llamar del Balmes que a mis ojos fue, pura Tradición de las Españas catalanas, el Balmes de José María Ruiz Manent o de Alejandro Pidal. Mientras no concretemos con claridad esta parte, no tengo que suprimirle de tu pomposa "línea aurea", dados los camaradas que te da.

Saltando Aparisi y Guijarro, puesto en ella para mayor engaño de los bobos, vayamos a *don Marcelino*. También aquí es de lamentar tu desprecio hacia el carlismo; porque de otra suerte quizás hubieras recordado lo que, polemizando con Rafael Calvo Serer, escribí yo en 1954 en mi libro *"La monarquía tradicional"*: "Para Menéndez y Pelayo el Carlismo era el absolutismo político, y, desconociéndole, le negaba al niño ni menos que negó el liberalismo decimonónico. Su alma, agazapadamente antidicionalista, no se percató de que aquel puñado de tradicionalistas políticos no tenía nada que ver con el absolutismo, ni cayó en la cuenta de que los lógicos propagandistas políticos de su tradicionalismo cultural, por ningún lado muertos, a fuerza de mirar perspectivas pasadas, se le escapó la perspectiva del horizonte contemporáneo y continuó los contornos de los hombres con los de la Tradición en la barahúnda intelectigiile de la desmochada monarquía de la Restauración. Carente por el alumbramiento de nuestra tradición cultural no tuvo tiempo de ahondar en nuestra política; ni siquiera siquiera quiénes enarbolaban sus estandartes. Ignorando la vía del estudio la tradición política nuestra y alejado de los portaestandartes de aquella de allá, la actitud de don Marcelino fue profundamente eficaz en lo cultural, documentando ninguno y creando de un universo de verdades sacado titánicamente de las zarzas del olvido; pero en lo político quedó en intuición, mera intuición. Rafael Calvo Serer propone como fórmulas máximas el epílogo de los *Heterodoxos* y el trinchi del Balmes. Pero cuando don Marcelino los expresaba apenas pasaba de los cinco lustros y andaba, en los comienzos, por la carrera de carrera literaria. Si nunca se apartó de lo que en ambos documentos propugnara, tanto mejor, porque ello implica que, dando de lado a la intuición política, se concentrado en el ámbito cultural, no sometió a revisión sus ideas. Pero, ¿cómo, que con ella esta bastante para sus fugaces contactos con la vida diaria, revistió en su tarea de desenterrador de verdades culturales... No cabe duda que si don Marcelino hubiera vertido sobre la historia del pensamiento político español aquella sana intuición, hoy, quizás, la respuesta habría sido harto dispar y sus posturas muy distintas. Pero, ¿cómo, que el deber de suponer que el menendezpelayismo político consiste en deducir del Maestro una ideología en lugar de una orientación, sujetándose a las palabras literales en biera vertido sobre la historia del pensamiento político, en lugar de procurar levar a cabo la empresa que el Maestro no tuvo ocasión de realizar: La historia de la Tradición política española. Parécome que no es lícito sacar de los escritos de don Marcelino lo que él mismo no quiso poner en ellos y que la más cabal estatanestad de un ingenio tacaña referencibridora es seguir velas adelante por los inexplorados mares de nuestra historia política. Hay que, en España, tal como fue, que ese quiso ¿dispabilaria de oscuridades y faisias, limpiarias de escorias y de interpretaciones forzadas no empañadas en redimir nuestra Tradición al modo en que él la vio, porque él no tuvo ocasión de ahondar en ella, pudiendo admitir hoy sus intuiciones geniales, pero sin aferrarse a ellas, antes prudizándolas, en el ayer con cautela de aceptarlas o corregirlas según los tiempos y los hechos cuanto. Hay que ir directamente a los libros viejos, escutiando por entre las polvorientas páginas presentes, que nunca van más allá de Donoso o de Donoso Cortés, de Balmes y de Ortega. Hay que sondear en los siglos pretéritos para averiguar si hubo o no creaciones políticas hispanas y si, también dolias, han dejado o no legítimas herencias. El mejor menendezpelayismo político será no el que se aferre a los libros del Maestro en cuanto historiador de la filosofía o de las letras, sino el que rehaga la historia de la tradición política española empleando los mismos criterios que aquel empleó en rehacer la historia de las ideas estéticas o los orígenes de la novela española.

Hoy algo creyendo lo mismo, Menéndez y Pelayo es bandera cultural, nunca criterio para el pensamiento político de las Españas. Yo lo sostengo de ahí su ejemplo del Carlismo militante. Presentarle, al margen del Carlismo y confundiendo cultura con pensamiento político, cual parte de la Tradición política de las Españas, me parece forzar los términos en un confusionismo que carlistas no podemos admitir.

De Menéndez y Pelayo pasas a *Maeztu* para "máxima figura del pensamiento tradicional español" (página 240) y "santo padre de la patria" (página 522). Bastante menos, pues, que don Ramiro, que genial de periodista que intuyó, sin conocerla tampoco, el pensamiento político político de la Tradición de las Españas. Don Ramiro fue un vástago del ¡ay de aquella generación que buscó la realidad nuestra con ansias del corazón, pero sin lograrla por excesos de filosofía positivista y defecto de fe católica, dándonos el sustitutivo de la idea de la Tradición con el casticismo unamunesco, la vitalización sazonadamente anguistiada de las Españas en el *Meditum* ganivetiano, el sentido geográfico de la ciudad histórica con los relatos azorinescos, los versos de Machado o Maragall; la "raza" en vez de la continuidad histórica en Enric Prat de la Riba o en Sabino Arana-Goiri, que otros pueblos de Cataluña, Galicia y poderosos vigores de su talento, descubrió en ingatarra la falsía del liberalismo y quedó desturmbado luego por la realidad palpitante de la Hispanidad; pero, si fue el único que logró superar aquellas limitaciones que atenazaron a los de su generación, la superó con intuición, no con razonamiento documentado. Y quedó prendido del constante deseo de querer casar lo incasable, desconociendo al Carlismo como España verdadera, para procurar superarlo con un programa tarado de los mismos yerros

FUNDACIÓN FCO. ELÍAS DE TEJADA Y FRANCISCO PERCOTO

que combatía. Lo dices tú mismo libro, querido Vicente. Ahí van las citas que tú mismo aportas.

"En mi libro *Maeztu* —escribes a la página 261— creo haber expuesto su deseo de hermanar lo mejor de la España de sus abuelos liberales con lo mejor de la España de sus abuelos carlistas, a Peñaflorida con Loyola, a Azpeitia con Azcoitia." Era, dices a la página 534, "el único que tuvo sentido verdaderamente europeo hasta convertirse en el principal apóstol de la europeización en su tiempo". Quien, agregas en la 535 "propugnó", desde los años 20, un afán de concordia real y afectiva entre la europeidad moderna y la hispanidad tradicional, la única que lograría católicamente una nueva sensibilidad, a tono con el tiempo en que vivía, para España y su problema". "En Maeztu —señalas en la página 536— se encuentra una actitud conciliatoria entre dos mundos juzgados frecuentemente en España como antagónicos: concordia entre el catolicismo nacional y las minorías intelectuales".

Lo que corroboras con citas del mismo don Ramiro, que copio de la página 635 de tu libro: "¿No ha de constituir el destino de la centuria nuestra —preguntaba Maeztu en su artículo *Los Andrómicos*, aparecido en *El Sol* el 5 de marzo de 1926— buscar la manera de fundir Loyola con Peñaflorida... al ultramundano con la tierra, a la religión con la economía?". Años antes, en 1922, en un artículo titulado *La reconciliación*, aparecido en el citado diario el 4 de julio, había escrito Maeztu las siguientes líneas, antecedentes de su posición doctrinal más lograda: "La posibilidad de reconciliar el ideal mundano de mis abuelos liberales con el ideal ultramundano de mis abuelos carlistas, no se me ocurrió sino un día en que leí en Irineo que al espíritu es la unidad del cuerpo y el alma".

Exactamente, querido Vicente, la conciliación postulada por Pedro Laín Entralgo cuando decía en septiembre de 1955 en el prólogo a su *España como problema*, Madrid, Aguilar, I (1956), 20: "Sé muy bien que en la España a la que yo aspiro pueden y deben convivir amistosamente Cajal y Juan Belmonte, la herencia de San Ignacio y la estimación de Unamuno, el pensamiento de Santo Tomás y el de Ortega, la teología del padre Arintero y la poesía de Antonio Machado". Porque nosotros, los carlistas, estamos en el *Syllabus*, sabemos que el liberalismo es pecado, que no caben concordias entre liberalismo y catolicismo como no es posible pacte la luz con las tinieblas.

Aquí hueligan los confusionistas. No pueden conocer a Maeztu cuando por lo mismo repudian a Laín. Nosotros, los carlistas, rechazamos ambos por idénticos motivos y no admitimos de hables del "tradicionalista Maeztu" como haces en la página 543. Todo tu talento no es capaz de hacernos tragar la hilifora de este sofisma, porque estamos, sin pactos ni componendas, en la Tradición de las Españas, de la cual tu cacareada "línea aurea" no es más que nefrítica imitación falsa y simiesca.

3.—Tal vez todo proceda de tu empeño en salvar a la dinastía liberal de sus responsabilidades tremendas, tantas veces señalada nada menos que por Francisco Franco Bahamonde, en textos tan conocidos que sería ociosos copiarlos ahora y con olvido de que, la dinastía carlista estuvo marcada por el sello con que Dios selló al correr de los siglos la causa de las gestas de las Españas verdaderas. Sucede, creo, y me temo también quizás te cuentes en tal número, que la legitimidad es puro símbolo o estricto capricho de leguleyos. No voy a demorarme en demostrarte lo contrario alargando esta carta ya de por sí desmesurada. Pero sí te haré notar que la ilegitimidad carlista ha sido el instrumento manejado por la Providencia para dar personalidad a la Tradición de las Españas y para hacer posible nada más, pero tampoco nada menos, que el 18 de Julio. Tú mismo, con donosura, has debido recocer en tu libro como fueron los llamados Isabel II, Alfonso XII y Alfonso XIII los mayores cómplices de la Revolución antiespañola que con tanto tino combates, los abanderados del liberalismo, los que amparon la Institución Libre de Enseñanza permitiéndola descristianizar a la Patria en un permanente pacto con la Revolución que les permitió sentarse en un trono al que carecían de derechos legales. Después de lo que confiesas en las páginas 52, 53, 63, 64, 65, 129, 134 y 394 me parece huelga vengas a sostener en la página 631 aquella de que el programa carlista es irrealizable. Sería solamente irrealizable si escarnecíéramos a los muertos bajo las banderas españolísimas de la Causa Santa humillando su memoria con el ludibrio de aceptar por reyes a los hijos de sus verdugos. A tanto, querido Vicente no podrán convencernos jamás tus hábiles malabarismos.

Tanto más que si Maeztu y Laín coincidían en el vértice del llamado Alfonso XII, Maeztu intenta amalgamar Carlismo con liberalismo, igual que Laín y Ortega con Menéndez Pelayo, porque los dos están de acuerdo con el llamado Alfonso XII cuando proclamó en el manifiesto de Sandhurst, estandarte de la legitimidad coronada: "No dejaré de ser buen español; ni como todos mis antepasados buen católico; ni, como hombre del siglo, verdaderamente liberal".

4.—Cuanto antecede proviene del capricho de dar de lado a los varones de las Españas clásicas, por mor de ese sarampión europeísta que anda corroyendo tantos buenos cerebros de hoy. La fortaleza al Carlismo, querido Vicente, reside en algo que veo con pena no acertás a calibrar en sus perfiles totalmente: en que no es mera contienda dinástica, sino la continuidad de las Españas contra el absolutismo del siglo XVIII, contra el liberalismo del XIX y contra los varios lemos extranjeros del XX. De ahí que en tu libro dea esa descomunal preferencia a los autores de los últimos cierto cincuenta años, sin ir a buscar el agua de la gracia española en sus hontanares auténticos: los que manan de los siglos XIII al XVII. Es el error de don Marcelino en su brindis del Buen Retiro el 20 de mayo de 1881, tomando por Tradición política española unas reglas sacadas del teatro de Calderón. Es el error que fuerza a Rafael Calvo Serer a estar pendiente del último librito del último escritorzuelo de París o de Viena, olvidando los Saavedra Fajardo y los Gerónimos Osorio. Es el yerro de nuestros regionalistas de la Lliga o del Zizcaldo vasconiano, que traducen al catalán o al vasco ideas extrañas sin citar una sola vez los clásicos de Cataluña o de Euskalerria, vertiendo a nivel regional las propias ideas que Cánovas del Castillo hacía en lengua de Castilla. Es la confusión de Maeztu no profundizando la Tradición que intuía y yendo a buscar en el guildismo andicisión los hitos de su proceder ideológico.

Ya sé que tú crees que Europa es la Cristiandad medieval y que cuando te proclamas europeo en realidad pretendes proclamarte cristiano; cuando yo te objeto me replicas tratarse de terminologías. Mas lo haces por tu lejanía de nuestros clásicos. Infiel a don Marcelino aquí, yo le soy más leal porque vivo, como él, entre los muertos nuestros. Salta más allá del polemismo decimonónico y usa el lenguaje que eres empleaban. Desde Nápoles a Nueva Granada, desde Cerdeña a Cataluña, así hablaron los maestros de la Tradición política de las Españas. Tú quieres enmendarles la plana para estar a buenas con los polemistas de los últimos doscientos años. Allá tú. Entre unos y otros, permítenme que, una vez más, me quede con los clásicos, porque juzgo que seguirles

AVISOS Y NOTICIAS

EL DUQUE DE SAN JAIME EN PAMPLONA. —La capital navarra tuvo el alto honor de recibir la visita del Príncipe Don Carlos de Borbón-Parma.

Su visita fue privada y tenía como fin el conocer las instalaciones de la Universidad católica de Navarra.

Iba acompañado de don Pedro Lombardía, profesor de Derecho canónico y Rector del Colegio Mayor Aralar, de don Alvaro D'Ors, catedrático de Derecho romano, del profesor Wilhensear, de Filosofía y de varios alumnos de la Universidad, miembros de la A.E.T. (Agrupación Escolar Tradicionalista).

Visitó los nuevos edificios de la Ciudad Universitaria, la Facultad de Medicina, la Escuela de postgraduados y, por fin, en la Ciudad, la Cámara de Comptos.

El Príncipe quedó admirado de la labor realizada en tan pocos años y tuvo para todo frases de elogio.

Fue saludado por los profesores de la Escuela de Medicina y de la de Postgraduados, quedando admirados todos de la llaneza y conocimientos que adornan las grandes cualidades y virtudes del Príncipe Don Carlos.

A primeras horas de la tarde, después de comer en el Colegio Mayor Aralar, el Príncipe siguió su viaje, acompañado por don Ramón Massó, habiendo prometido una visita más extensa y reposada a Pamplona.

DE LA FAMILIA REAL.—Nuestro amado Príncipe Don Carlos de Borbón-Parma sigue residiendo en España, así como sus queridas hermanas, nuestras excelentísimas Infantas Doña Cecilia y Doña María de las Nieves.

VISITA AL REY.—S. M. el Rey Don Javier fue cumplimentado por el Excmo. Sr. Jefe Delegado de la Comisión Tradicionalista y otras autoridades nacionales, a cuya entrevista estuvo presente S. A. R. el Duque de San Jaime.

CACERES (Extremadura). — Con gran concurrencia de correligionarios y amigos se inauguró el Círculo Cultural *"Juan Vázquez de Mella"*.

La conferencia inaugural estuvo a cargo de don Miguel Fagoaga y Gutiérrez-Solina, que versó sobre el tema *"Vázquez de Mella, precursor del Alzamiento Nacional"*, siendo muy aplaudido y felicitado por el selecto auditorio, que se entusiasmó por la magistral tesción carlista del conferenciante.

CIUDAD REAL (Castilla La Nueva). — Al agradecer la certifeat invitación que nos trasladó la Delegación Provincial del Círculo Cultural *"Vázquez de Mella"* de Ciudad Real, para el acto inaugural de dicha Delegación en Socuéllamos, les rogamos una referencia del acto y un extracto de la conferencia que pronunciará el Excmo. Sr. don Miguel Fagoaga, Jefe Regional de Castilla La Nueva.

VALLES OCCIDENTAL-SABADELL (Cataluña). — Nos comunican que la Delegación del Círculo Cultural *"Juan Vázquez de Mella"*, ha constituido su Junta Directiva, la cual estará integrada por los siguientes señores: Presidente, *don Miguel Arnella Bix*; Vicepresidente, *don Antonio Gómez Gómez*; Secretario, *don Mateo Abella Solanes*; Tesorero, *don Francisco Playá Turull*; Contador, *don Jesús Gomollón Bez*; Vocales, *don Ramón Madaula, don Juan Arnau, don Enrique Mampel Martí* y *don Enrique Caizach Comellas*.

y estudiarios es la verdadera herencia política de tu Menéndez Pelayo, completando la tarea que él no tuvo tiempo de acabar.

Concluyo, que ya he abusado de tus amabilidades en demasía. Quien escucha estas palabras de un carlista que no sabe, ni quiere, ni puede ceder en la trinchera de las Españas. Son para evitar que un libro como el tuyo, tan lleno de cosas buenas, dé pie a un confusionismo lamentable. Y no me reprocheas la pobreza del movimiento cultural carlista, porque si valemos poco, si estamos desamparados de la prensa bullanguera, tenemos un arma infalible: Dios y los muertos de las Españas. Con la certeza esperanzada de que más allá de las tumbas repartidas por toda la geografía del planeta, se alzará un día, nueva Hostia Santa, el sol hidalgo de la verdad en la justicia.

Mi único ruego es que en lo sucesivo no nos desprecies, para no volver a caer en el yerro de emparejarnos con un Calvo Serer o con un Pemán cuasiqueta. Porque nosotros sí somos, y nosotros solamente, la Tradición de las Españas.

Un fortísimo abrazo de tu siempre buen amigo e invariable admirador.

FRANCISCO ELÍAS DE TEJADA

NECROLOGICAS

FRANCISCO CARBONELL SANTES

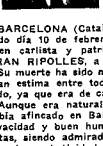
LIRIA (Valencia). — El día 3 de febrero falleció don FRANCISCO CARBONELL SANTES, espejo de cristianos y ejemplo de lealtad carlista.

Yo que desde jovencito he convivido a su lado en el Círculo Carlista de Liria. Que he visto que, a pesar de las contrariedades y los avatares de la vida, ha sabido conservar la fe en Dios y la ilusión en el triunfo de nuestros ideales, no puedo olvidarlo y he de llorar su muerte, en la certeza de que Dios habrá premiado una vida llena de sacrificios y de entrega total al servicio de Su Causa y del Ideal carlista.

Nosotros, los que quedamos aquí, en esta Liria de sus amores, en esta Liria de tan rancia solera carlista, pedimos a Dios, por su intercesión, que nos conserve la fe que él heredó de sus padres y que cuando también nos llegue la hora de rendir cuentas de nuestra vida terrenal, podamos mostrar la hoja de nuestros servicios, tan limpia y meritoria como la de nuestro querido e inolvidable Jefe.

Se ha marchado; pero su recuerdo vivirá perennemente en nuestros corazones. Se ha ido; pero a su nueva morada ha ido acompañado por el cariño imperecedero de sus familiares, cubierto con la bandera de España y con la boina roja de sus amores, a hombros de sus valientes requetés que han querido rendirle el postrer tributo de su recuerdo y de su lealtad.

Y cuando se haya presentado ante el Tribunal de Dios, estamos seguros que habrá recibido el premio que por sus sacrificios, su lealtad y defensa de sus sagradas convicciones habrá merecido. Rogamos a todos nuestros queridos correligionarios una oración por el eterno descanso de nuestro Jefe: FRANCISCO CARBONELL SANTES. — *José Romero Ferrer.*



ROBERTO BELTRÁN RIPOLLÉS

BARCELONA (Cataluña). — Ha fallecido el pasado día 10 de febrero, en la Ciudad Condal, el buen carlista y patriota don ROBERTO BELTRAN RIPOLLES, a la edad de 67 años.

Su muerte ha sido muy sentida, pues gozaba de gran estima entre todos los que le habrían tratado, ya que era de carácter alegre y vivaz.

Aunque era natural de Moratá (Castellón) se había afincado en Barcelona, apareciendo con su vivacidad y buen humor en todos los actos carlistas, siendo admirado por su tenacidad y espíritu de combatividad, a pesar de padecer amputación de la mano derecha, a lo que él no daba nunca importancia, pues siempre acudía uniformado de requeté, como si estuviera permanentemente en *"primera línea"*.

Descanse en paz, ROBERTO BELTRAN RIPOLLES, al que no podremos por menos de recordarle en nuestras oraciones, rogando a todos una oración en sufragio de su alma, que esperamos que Dios haya acogido en su Seno.

FUNDACIÓN FCO. ELÍAS DE TEJADA Y PASCUAL PRADO